

¿QUÉ PASA POR LA MENTE DE UN PILOTO A 30.000 PIES DE ALTURA?

FRANCISCO NARLA

# CAJA NEGRA



Francisco Narla



Caja negra

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Alberto Santos. Copyright © 2010 Imágica Ediciones, S. L.

© Francisco Narla, 2010, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: mayo de 2015

Depósito legal: B. 8.586-2015

ISBN: 978-84-08-14342-0

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Uno ya estaba muerto, tentaba con empezar a pudrirse sobre el asfalto. En la entrepierna del tosco uniforme, la humedad dibujaba un cerco oscuro desde el que empezaba a surgir un leve olor a excrementos y amoníaco.

El otro, que todavía respiraba, no supo que iba a morir.

Una noche sin luna y un horizonte con nubes cenicientas hacían de la escena un cuadro tenebrista.

El asesino se distinguía al lado de la puerta abierta del deportivo negro. Lucía pulcro e impecable, afilado... Calzaba lustrados zapatos de anca de potro cosidos a mano. Vestía un traje de costosa lana inglesa del mismo tono que la pizarra húmeda, los ojales vivos de los puños delataban un trabajo de sastrería. Los gemelos, piezas únicas de platino mate, combinaban elegantemente con la corbata de seda plateada, los brillos contrastaban con el algodón egipcio teñido de negro de la camisa. Y, como si se tratase del delicado complemento elegido por una adinerada viuda para el vestido largo de una recepción oficial, la Walther de 7,65 milímetros hacía juego con su brillo pavonado. La serena sobriedad la rompían los fríos ojos azules y un mechón de pelo negro azabache, que caía sobre la frente emulando la forma de una coma.

Había sido un tiro perfecto, ejecutado con gracia. Un amplio arco del brazo derecho, ágil y natural. Y había roto el fingido silencio nocturno.

El compañero del recién muerto, estupefacto y aún dentro del coche patrulla, trataba de digerir lo sucedido mientras su cerebro se peleaba con su mano izquierda, que, cruzada sobre un pecho blando y grasoso, trataba de encontrar el tirador de la puerta. La derecha tanteaba la vieja Star semiautomática que le colgada del cinto, pero no acertaba a localizar la empuñadura de plástico marrón. Intentaba recobrar la compostura mientras buscaba redaos para enfrentarse a lo que acababa de ver.

—¿Y este qué coño hace? —había preguntado el ya fiambre al ver como, entre la humareda del brusco frenazo, el llamativo descapotable negro se detenía en el arcén, a solo unos metros por delante del coche patrulla estacionado.

Al que todavía respiraba no le había dado tiempo a responder. Porque mientras observaba una figura estilizada abandonar el deportivo, Torrón, así se apellidaba su compañero y así lo llamaban, se calaba la gorra y salía a su vez. Fue un juego de espejos en el que el traje oscuro se opuso al uniforme verde; el atlético desconocido, al vientre prominente; el rápido movimiento del brazo, al dudar incrédulo en la pistolera, y el vibrante sonido del disparo, al silencio forzado de una advertencia muerta en los labios.

Torrón, durante la caída que terminó por dejar su cuerpo desmadejado sobre el asfalto, había girado sobre sí mismo para mostrarle sorpresa en una mueca póstuma. Solo había tenido tiempo para reaccionar de un modo: relajando sus esfínteres.

El otro agente, en lo poco que le restaba de vida, no pudo dejar de lado el recuerdo de la ceja derecha deformada por el impacto de la bala. Estuvo seguro de que se llevaría al infierno el siguiente fotograma de aquel flojear de brazos y piernas. Había tenido el cuestionable lujo de disfrutar del socavón que la bala explosiva había dejado en la nuca de su compañero. Una flor sanguinolenta con pétalos de cuero cabelludo desgarrado, astillas de cráneo y masa encefálica titilando en la extravagante humedad azul que respondía a las luces del coche patrulla.

Solo tras el sordo ruido acuoso que terminó por asentar el cuerpo de su camarada se permitió una exigua reacción. Giró de nuevo la cabeza y observó como el desconocido del descapotable bajaba lentamente el brazo a un costado, desde una postura de tiro lateral que su mente pudo, gracias a los recuerdos de la academia, relacionar con la técnica rusa. «Compleja pero eficiente.» Algo así había dicho su instructor diez años antes.

Torrón estaba muerto.

Muerto.

Y ni siquiera supo darse cuenta de que él también lo estaría en breve.

Empezaba a pudrirse.

Y se acordó de los rechonchos y felices hijos del muerto.

Fue capaz de distinguir una tez clara bajo un pelo oscuro brillante, enmarcando unos ojos que, a esa distancia, parecían no tener iris.

La mandíbula apretada y los labios finos señalaban un rostro cuadrado que no reflejaba emociones. Era como una estatua. La respiración suave, el pulso marcado a metrónomo. Los ojos impasibles del asesino miraban atentos al palurdo que dudaba en el asiento del coche patrulla.

La noche se había roto con el fogonazo de la cámara de un radar de control de velocidad; ese había sido el detonante. Media hora antes de que a Torrón se le escapasen para siempre las ideas. Un incómodo destello blanco había delatado la fotografía tomada al negro deportivo alemán, que surcaba la autopista a velocidades muy superiores al límite permitido. Y su conductor, tras parpadear y antes de recuperar el hilo de la segunda sinfonía de Beethoven, apretó los dientes y sintió la incomodidad del sumarísimo juicio en el que acababa de ser declarado culpable, sin poder siquiera apelar a la decencia del fiscal o a la competencia del juez.

Un odio encendido había surgido tras el azul gélido de aquellos ojos impasibles y, en cuanto el coche patrulla quedó

a un costado, los frenos sisearon y el hombre tras el volante se alegró de la coincidencia. La brusca maniobra no descontroló al deportivo gracias a un rápido y hábil gesto de volante.

Bajó del descapotable. Era una oportunidad tan buena como cualquier otra para resarcirse. Avanzó con parsimonia, no porque necesitase acortar la distancia para asegurar el disparo, ni para distinguir con más nitidez los espasmódicos gestos de la pareja de agentes. Lo hacía porque quería ver la caras de idiota de aquellos desgraciados. Sentía que indeseables así no eran quienes para juzgarle, para determinar si su velocidad era o no adecuada. Además, le apetecía matar. Y lo hizo.

Y ahora se preparaba para disparar de nuevo.

El agente que aún vivía intentó salir del coche, pero sus pies no le obedecían como esperaba. Trastabilló mientras lograba sacar su propia arma de la pistolera.

El brazo del uno terminó por colocarse paralelo al suelo.

La mano izquierda del otro buscó la corredera para cargar el primero de los cartuchos.

El hombre del traje inmaculado inspiró profundamente mientras asentaba los pies en las verticales de sus hombros.

El hombre del uniforme, acompasando el chasquido metálico del arma, se incorporó lo justo para que su frente sobresaliese por encima del marco de la puerta del coche patrulla. No tuvo tiempo de decir nada, y menos aún de intentar abrir fuego.

Fue un disparo limpio, casi simétrico al que había recibido Torrón. Y el segundo agente se derrumbó sin gracia sobre el quitamiedos, abriéndose una brecha en la sien que apenas sangró porque su corazón ya no bombeaba. El golpe fue suficiente como para regar con decenas de minúsculas gotas carmesí la maleza de más allá del arcén.

No era necesario, pero el asesino siguió avanzando hacia el anodino coche, un barato modelo francés con puertas blancas y faldones verdes. Se sentía como si hubiese tratado de explicar ecuaciones diferenciales a un pez dorado, incomprendido. Pero satisfecho por la venganza.

Descerrajó dos tiros más, de nuevo en la cabeza, *coupes de grâce*. Fue solo un gesto de rabia imposible de contener ante la tela burda de los uniformes, la revista de desnudos femeninos que descansaba en el salpicadero y la cajetilla arrugada de tabaco negro que vio en el pedestal. Eran seres mundanos y vulgares, ridículos. Para el asesino no merecían otra cosa que la muerte que el mismo les proporcionaba con gusto.

Caminó por el lateral del vulgar coche, abrió la portezuela del depósito de combustible, retiró el tapón y, tras pensarlo un momento, desanduvo parte del trayecto para recoger las vainas de los dos cartuchos disparados en último lugar y arrancarle la manga a la basta camisa de uno de los uniformes.

Era diesel, y eso evitaría una bonita explosión que decorase la noche. Pero ardería igualmente. Regresó a su vehículo y solo se detuvo para recoger las otras dos vainas que habían quedado a mitad de camino. Los proyectiles no le preocupaban, eran balas de punta hueca que él mismo rellenaba con mercurio; si algún fragmento llegaba al laboratorio de balística, serían afortunados con solo averiguar el calibre.

Tras abrir la puerta guardó la pistola en el estuche que descansaba en el asiento del copiloto. Había sacado el cartucho de la recámara y retirado el cargador, luego la había limpiado con un paño untado ligeramente en aceite para armas. De una pequeña bolsa de viaje del maletero delantero sacó gasolina para encendedor y empapó la manga del uniforme, tras prenderla junto al depósito, se tomó un segundo para encender un húmedo y flexible Partagás y disfrutar de la primera calada.

La muerte recogía la correspondencia.

Desapareció en la noche, tragándose la oscuridad a más de doscientos kilómetros por hora. Salió de la autovía en la primera bifurcación que apareció y decidió pasar la noche en la ciudad que encontrase.

No estaba cansado, pero así evitaría que pudiesen seguirle; además, podría cenar algo decente, si es que había algún restaurante aún abierto y digno de mención allá donde apareciese.



Incluso conseguir compañía con la que pasar un rato agradable. Eso estaría bien. Se le antojó beber algún *chardonnay* espumoso y seco derramado entre los pechos de una mujer de largas piernas, quizá después de cenar algo de *foie* con un *coullies* de ciruelas y un añejado tempranillo.

Todavía le sobraban un par de días antes de tener que regresar a Madrid para salir desde Barajas. Había tiempo para procurarse algo de entretenimiento hasta el siguiente vuelo.

A Ezeiza, si no recordaba mal. Ya comprobaría los detalles.

Una cena ligera, una mujer empalagosa y algo de vino viejo y champán seco tenían ahora el turno.

«El infierno empieza aquí.»

Había otras igualmente inquietantes... «Yo sigo enterrada.»

Pero aquella, probablemente por su mención del averno, había sido la más impactante para él, la que había dado lugar a una nueva obsesión.

Aquella... ¿Frase? ... Le había causado una enorme impresión.

Y por eso estaba ahora allí. Con ánimos renovados tras releer un artículo acerca del descubrimiento de los huesos. Porque, si en los pocos años transcurridos había llegado a dudar en algún momento, los restos de aquellos niños habían servido para disipar toda incertidumbre. Aquellos huesos habían sido el espolonazo que le había permitido seguir adelante cuando había estado a punto de abandonar, habían renovando su fe y confianza. Tenía que haber algo más allá de la frontera que significaba la muerte, tenía que ser cierto.

«El infierno empieza aquí.»

Había sido el comienzo. Y por eso estaba allí. Para obtener algo similar.

Era una pequeña capilla, con el suelo de tierra pisada y una simple arcada de medio punto y sin rosetón que franqueaba la entrada. Con una sola nave, sin retablo, sin vidrieras, y una única y diminuta campana de bronce resquebrajado que colgaba de un sencillo arco de piedra que se alzaba en el encuen-

tro de las dos pendientes de la modesta techumbre de pizarra negra. El pobre remate de un frontón que, como única decoración, solo podía presumir de los múltiples líquenes de colores terrosos que el paso del tiempo había dejado en los pequeños sillares de granito.

Se escondía perezosa en un escuálido claro de robledal, rodeada de árboles centenarios y una parcela descuidada, sustituyendo las gárgolas de sus mayores por las alimañas del bosque. Parecía dormir al arrullo del riachuelo de aguas transparentes que corría a unos metros al sur, delimitando la suave pendiente del otero en el que había sido construida. Había sido el capricho de potentado del último de los herederos de la familia terrateniente que poseía aquel valle escondido entre las verdes montañas del interior del antiguo reino de Galicia.

Quedaba disimulada entre las sombras de una de las erosionadas sierras que cruzaban el noroeste de la península ibérica. Rodeada de laberintos formados por mil ríos, bosques milenarios y serpenteantes caminos que llevaban a pueblos que las nieves invernales dejaban incomunicados.

Era la locura de un jovenzuelo tísico que, de tanto fervor religioso, llegó a creer que necesitaba la ayuda de la providencia divina para tener alguna esperanza de sanar, por lo que dispuso un altar en el que recibir comunión diaria. Y comulgó en aquella capilla todos los días que necesitó la tuberculosis para devorarle los pulmones, que fueron solo unos pocos más de los que necesitó el gobierno militar estadounidense que terminó por regentar Cuba, en los primeros años de la independencia de la antigua colonia, para apropiarse de la inversión en ingenios azucareros que aquel iluso había hecho. Los norteamericanos, aprovechándose de su recién estrenada influencia en las esferas del poder, se habían dedicado a barrer para su patio privado y cedieron, a precios irrisorios, gran parte de las factorías y fábricas que los españoles habían instaurado en la isla a firmas y empresas compatriotas. Así, el caso del tuberculoso señorito no fue sino una más de entre tantas tro-

peñas que se sucedieron en un tira y afloja político que no terminaría hasta 1913, cuando los cubanos recuperaron por fin el gobierno de su isla.

Aquel iluso había perdido toda su fortuna en las tornas del siglo, al soñar con lo que llegaron a llamar oro blanco, en el momento histórico más inoportuno que la isla había vivido desde la colonización. Una desdicha más que terminó por amargar los pocos días de existencia que le quedaban a Diego Rafael Xián de Villafins e Castro. Él puso la última de las cuentas a un rosario que había empezado con su propio contagio, tras beber leche de una vaca tuberculosa, que había seguido por las estrambóticas muertes de sus padres, y que había anunciado su final con la terrible desaparición de su querida hermana menor.

Con el dinero perdido y el tísico enterrado, el enorme caserón de la importante y renombrada familia quedó vacío e inútil, las tierras y propiedades, inmersas en eternos enfrentamientos entre supuestos parientes lejanos, y la pequeña capilla, olvidada, a merced del bosque y los relatos de los lugareños.

Olvidada, pero con una historia por recordar y contar; por eso estaba él allí, porque de los rumores y habladurías que le habían atraído inicialmente resultaron ser ciertos en algunos aspectos, como le habían demostrado los archivos municipales y las consultas en el obispado. Era una historia con profundas raíces en el pasado, si es que sus sospechas se confirmaban. Era una buena historia, especialmente si aquellos detalles más fantásticos que parecía esconder llegaban a revelarse. La primera en hablarle del lugar había sido su vieja tía Paulina, una viuda medio ciega y con el puño más cerrado que el propio Sinesio, a la que este visitaba como poco un par de veces al mes, principalmente por el atavismo implícito en su deber como pariente. Normalmente tomaban achicoria aguada con pastas rancias de la caja de dulces que el propio Sinesio le había regalado en las navidades anteriores. Ella, vestida de un luto riguroso que la cubría desde los tobillos al cuello, solía hablarle a Sinesio de

su juventud y sus tiempos de casada, recordando cómo su marido había empezado construyendo una pequeña casita, en su pueblo natal de Dúbriga, y había terminado cayéndose de un andamio desde uno de los bloques de pisos más altos que la capital de provincia había conocido.

Sinesio se había detenido al borde del camino que marcaba el irregular asfalto y miraba desconcertado la silueta del pazo señorial. Mientras, giraba la llave en el contacto para apagar el renqueante motor del viejo Citroën DS, una antigua ambulancia comprada de tercera mano que, en su tacañería compulsiva, mantenía en el límite entre mero cacharro y objeto de desguace. El viejo murallón a medio derruir mostraba su silueta, desdibujada en la helada nocturna, visible únicamente gracias al resplandor de la luna. La distancia hasta la capilla había sido el germen inicial de su curiosidad, no tenía sentido que la hubieran construido allí, tan lejos, y eso había azuzado su memoria, recordándole algunos rumores que había escuchado tiempo atrás. Estaba seguro de que, si una fracción de lo que se imaginaba era cierto, podría conseguir un salto a los medios nacionales, quizás incluso un libro; sus expectativas eran tantas que, por momentos, sentía el estómago lleno de mariposas, como un adolescente enamorado. Aunque, si hubiera conocido ya lo que pretendía averiguar, su ansiedad se habría parecido más a la de un reo esperando que le aten a la silla.

De sus sueños y elucubraciones le sacó el reverberar de la radio, la voz rasposa de José Alés hablando de los últimos indicios de ritos satánicos en Madrid. Alimentando, como cada madrugada, los miedos de los oyentes de todo un país con los relatos de misterio, fantasmas, ovnis y oscurantismo de su programa *Medianoche*. Estaba siendo una edición muy interesante y lamentaría perderse lo que restaba de transmisión. Poco antes de llegar a su destino había escuchado emocionado cómo el locutor anunciaba a bombo y platillo que el doctor Germán de Argumosa había recibido el Premio de la Sociedad Suiza de Parapsicología por su labor en la investigación de los misterio-

ros rostros, teleplastias los llamaban los expertos, que habían aparecido al principio de la década de los setenta en el pequeño pueblo de la montaña jienense de Bélmez de la Moraleda, al sur de España. Era una gran noticia, pues para Sinesio eso cerraba un círculo. Justificaba su presencia en la capilla y el valor de sus investigaciones; además de plantearle una meta aún mayor que la publicación de un libro exitoso o convertirse en colaborador de aquel mismo programa de radio. Quizá también él podría llegar a recibir un galardón semejante.

Se llamaba Sinesio Amorós, era un funcionario gris y apático que había llevado una vida rutinaria y aburrida hasta que cinco años antes había leído en el periódico *Pueblo* un asombroso titular que rezaba: «Las caras hablan». Enjuto, delgado y de hombros caídos, con cara afilada de pómulos altos y un opaco pelo castaño, lacio y descuidado. Tenía unos hundidos ojos de color avellana que parecían ser lo único vivo en un hombre sedentario de movimientos pausados. «Tienes menos sangre que los bigotes de un grillo», solía gritarle su madre cuando, en su abúlica apatía, Sinesio dejaba sin hacer las tareas que se le habían encomendado. Siempre vestía con los apagados colores de la ropa vieja y apolillada que, en la medida posible, aprovechaba entresacando el gastado vestuario que había heredado de su padre.

Sinesio Amorós llevaba cuarenta años haciendo lo que se le suponía; tarde, mal y a rastro, pero haciéndolo. Sin sueños o ilusiones, siguiendo los pasos marcados por su estricto padre. Vivía solo, con la única compañía de un gato negro y escuálido que tenía por costumbre arañarle cuando le cambiaba el cuenco del agua, en un estrecho apartamento de tacaño compulsivo en el que, en invierno, solía dejar latas de alubias precocinadas en conserva encima del radiador del salón, el único que dejaba encendido, para que, al llegar tras las horas de trabajo en el ayuntamiento, estuviesen a punto para cenar sin necesidad de encender los fuegos de la cocina de gas.

No había tenido pasiones hasta que, unos pocos años an-

tes, el misterio había surgido en el número 5 de la calle Rodríguez Acosta de Bélmez. Las tiradas, algunos días triplicadas, del diario *Pueblo* auparon la expectación de todo un país por el fenómeno paranormal que llegaría a convertirse, según muchos de los más considerados parapsicólogos del mundo, en el más notable y documentado de la historia.

Y la vida de Sinesio cambió por completo.

La guinda había sido el artículo sobre las psicofonías que el recién premiado Germán de Argumosa había conseguido grabar en la humilde casa de aquel pueblecito olivarero de la sierra Mágina de Jaén cinco años atrás, un enclave olvidado y perdido del sur español.

Todo había empezado con un conjunto de difusas líneas oscuras que escorzaba un inquietante rostro hinchado sobre el cemento del suelo de la cocina de la modesta vivienda de una familia jornalera, una más de entre los apenas dos mil habitantes del pueblecito. Un tosco, casi ingenuo retrato de aires bizantinos, carente de perspectiva y que hacía pensar de inmediato en una argucia, en un timo cualquiera. Una imagen de lóbregas líneas borrosas que, probablemente por miedo, fue picada y eliminada con una nueva capa de cemento para que, pocos días después, otra muy similar la sustituyese.

Causando mayor asombro y ahondando en la consternación que aquella familia, que todo el pueblo, sentía.

A aquel primer retrato lúgubre y macabro, al que parecía manarle abundante sangre de ambas fosas nasales, le siguieron más y más de aquellos rostros esbozados por un autor invisible. Torsos, incluso cuerpos enteros, aparecían y desaparecían. Variaban la intensidad de sus trazos, se transformaban, se desplazaban... Y niños, muchos niños, incluso fetos.

Muchas de esas figuras estaban desproporcionadas, con garras amenazantes, con rostros compungidos, con miembros imposibles.

Un dantesco espectáculo que se convirtió en cebo para masas ansiosas de revelaciones. La iglesia se metió de por medio,

el obispo presionaba al alcalde, miles de personas acudían a Bélmez; un famoso torero quiso comprar la humilde casita. Y finalmente, como era de esperar, el representante del gobierno totalitario de la España de los setenta, el austero gobernador civil José de Gortoa, se cansó de tanto circo y llamó al reconocido filósofo y parapsicólogo, don Germán de Argumosa, esperando que si un experto de reconocimiento mundial desmentía lo paranormal de los hechos se pudiera dar, por fin, carpetazo al asunto. Pero las expectativas de las autoridades no se cumplieron. Don Germán y otros expertos a los que él mismo llamó no encontraron rastro alguno de fraude, y entre los consultados figuraba el prestigioso psicólogo alemán Vemder, profesor del Instituto de Parapsicología de Friburgo. Uno de los primeros investigadores destacados del mundo de lo desconocido que, como solía indicar Sinesio para cimentar sus propias creencias en lo paranormal, había colaborado con el Instituto Max Planck de Múnich.

En una ocasión, y ante notario, tras solar con una nueva capa de cemento el suelo recién picado de la humilde cocina, precintaron por dos meses y medio la casa. El mortero incólume que fotografió el notario justo antes de precintar la estancia apareció repleto de macabras escenas: mujeres con manos engarfiadas, fetos de cráneos desproporcionados, rostros cadaavéricos. Debieron plegarse a la evidencia de que allí, con trazos de gris oscuro, había aparecido lo que bien podría haber salido de la imaginación del Bosco en la peor pesadilla de sus noches de insomne.

Las investigaciones se siguieron y, a pesar de que las autoridades intentaron silenciarlo cuando su movimiento de origen académico falló, nuevos e inquietantes descubrimientos se sucedieron. Uno de los más notables fue el de los huesos, que había servido de acicate a Sinesio. A instancias del sacerdote del pueblo, el alcalde había encargado a un albañil que dismantelase el suelo y se pusiera a excavar. Apenas a tres metros de profundidad habían hallado restos humanos, especialmen-



te lo que parecían huesos de niños, aunque jamás se encontró cráneo alguno. Más aun, otras líneas de investigación encontraron pruebas de que el solar de la vivienda había sido un lugar de enterramiento siglo y medio antes. Un cementerio con tradición de muerte y horror desde la época de la ocupación árabe del sur español.

Sin embargo, para Sinesio, lo más asombroso de todo habían sido las psicofonías, las voces del más allá, los sonidos guturales que con doce magnetófonos UHER el propio profesor Germán de Argumosa había grabado en la casita de Bélmez.

«El infierno empieza aquí.»

«Yo sigo enterrada.»

Y por eso estaba allí. Abriendo el maletero del desconchado Citroën y sacando su propio magnetofón UHER Reporter 4000L, igual que el que había visto en las fotos en blanco y negro de *Pueblo*. Comprobó las baterías y echó un vistazo al resto del equipo, pulcramente dispuesto. Se hizo con una de las linternas y, tras encenderla, caminó hasta la pequeña capilla, mojándose las perneras de los pantalones con la humedad fría que perlaba la hierba.

«El infierno empieza aquí...»

Le bastaron un par de empujones para que los restos de la puerta cediesen y poder así franquear la entrada. Algún animalillo se escurrió por la oscuridad que lamía el círculo de luz que proyectaba la linterna. Solo había vacío, un húmedo olor a melancolía cubría las paredes. No sabía si alguna vez tuvo algo de mobiliario, pero solo quedaban los restos rotos de un modesto altar, tallado en un granito similar al de las paredes. De las vigas vistas del techo pendían miles de telarañas polvorientas. Dejó la linterna apoyada en el suelo para tener algo de luz en el interior y regresó al coche. Le pareció el escenario perfecto.

Hasta ese momento nunca había conseguido nada, solo ruido de fondo y el murmullo del motor del propio magnetófono. Todos sus esfuerzos habían resultado infructuosos. Pero tenía

fe. Ese día, en la capilla, lo conseguiría. Estaba convencido de que el problema habían sido los lugares elegidos con anterioridad. Lo había intentado en un cementerio, también en un viejo monasterio que se caía a pedazos. Persiguiendo aquellas voces, aquellos mensajes crípticos, robándole horas al sueño. Gastando, por primera vez, su sueldo en caprichos. Comprándose cables, conectores, un par de micrófonos y libros, lo poco publicado que pudo encontrar en el escaso mercado español de aquel entonces, controlado y censurado por los estamentos del régimen absolutista gobernante. El año anterior incluso se había atrevido a perder sus vacaciones con un viaje a Francia, cruzando los Pirineos en busca de aquellos textos que no estaban a su alcance en España. Allí había conseguido el libro que Konstantin Raudive había publicado en 1968, con el que se adjuntaba un disco de vinilo con inclusiones psicofónicas en varios idiomas. Era una de sus posesiones más preciadas. Y también, entre otros muchos, una edición original de *Überleben wird den tod?* que, pacientemente, traducía sobando un viejo diccionario de alemán heredado de su padre.

Tenía todas sus expectativas puestas en aquella escondida capilla, estaba seguro de que allí lo conseguiría. Se sentía emocionado e inquieto, algo que, podría decirse, resultaba novedoso y extraño para él.

Trastabillando, con las manos ocupadas intentando agarrar a un tiempo todos los cachivaches, necesitó de tres viajes para llevar todo el equipo hasta el interior del pequeño templo. Para orientarse, sujetaba entre los dientes una segunda linterna. En sus idas y venidas tropezaba con las zarzas y las ramas bajas de la descuidada vegetación que llenaba el trecho entre la carretera comarcal y el portón carcomido de la capilla.

Necesitó de poco más de media hora para instalarlo todo, asegurándose en esta ocasión de que el magnetófono quedara lo suficientemente lejos del micrófono, tanto como para evitar que captase el ruido del motor del grabador.

Tras recogerla, apagó la mayor de las linternas, la que ha-

bía dejado sobre el suelo anteriormente, y se acomodó en la silla plegable que había traído. Se quedó en una de las esquinas más cercanas a la entrada. Aunque no había sido su idea inicial, había desistido de seguir con el plan original al sentirse extrañamente incómodo cuando intentó colocarse en las que correspondían a la zona del altar, donde había dejado el magnetófono. Así, grabador, micrófono y silla eran tres puntos de una de las diagonales de la planta rectangular de la capilla.

Preparó su libreta de notas y esperó. Lleno de ilusión y optimismo, esperó. Apoyando el cuaderno sobre una carpetilla de barato cartoncillo marrón en la que almacenaba un montón de sus papelorios y anotaciones previas.